

*Margarita de Austria.*

LII. Pondremos fin al discurso de las reinas que han mostrado especial devoción á la virgen Maria, con la serenísima Margarita de Austria, mujer de Felipe III, rey de España, y madre de Felipe IV y de Ana de Austria, reina de Francia. Margarita, á quien puedo llamar justamente la perla de las princesas virtuosas, murió el año 1611 despues de haber hecho una vida santa. En su juventud no pasaba ningun dia sin rezar el rosario con el oficio y las letanias de la Virgen. Despues de casada añadió otras varias devociones y prácticas de piedad compatibles con su estado. Cuando estaba próxima á parir, mandaba decir nueve misas en reverencia de los nueve principales misterios de la Virgen santísima asistiendo ella á oirlas con mucha devoción. Luego que salia á misa de parida, su primer cuidado era ir á rezar á la Virgen y ofrecerle su hijo. El dia de la Anunciación servia la comida por sus propias manos á nueve pobres en reverencia de dichos misterios. Cuando oia que nuestra señora distinguia con su especial proteccion algun santuario, se apresuraba á ir á venerarla en el mismo lugar; de lo que dió buenas pruebas en su largo viaje desde la Estiria á Madrid, pasando por el ducado de Ferrara, donde el papa Clemente VIII la casó con extraordinario júbilo. En muchos lugares de Italia y España se ven las señales de su régia magnificencia y de su singular devoción á la reina del cielo, y seria cosa de nunca acabar si yo quisiera referir todos los hechos en particular. Me contentaré con decir que á consecuencia de esta devoción la colmó la Virgen de tantos beneficios, que con razon puede contarse entre las reinas mas cumplidas cuyo nombre ha llegado hasta nosotros.

*La bienaventurada Gisela.*

LIII. Una de las princesas mas amantes de la madre de Dios fué Gisela, hermana del emperador S. Enrique, y mujer de S. Esteban, rey de Hungría. La divina providencia se valió de ella para hacer á este santo lo que fué, é infundirle el amor y la devoción á la reina de los ángeles; y así es facil de concebir que no le faltarian á la piadosa princesa. Al contrario debemos de juzgar que á persuasión suya hizo el rey su esposo cosas dignas de ser imitadas por todos los reyes y principes del mundo, especialmente en lo que toca al amor de la Virgen. Esta recompensó con las mas generosas finezas los servicios de Gisela. Muerto el rey Esteban, su virtuosa viuda siguió el raro ejemplo de santa Cunegunda, y retirándose á Passau tomó el humilde hábito de religiosa en una abadía de nuestra señora de la orden de S. Agustín y renunció las grandezas y vanidades de la corte, que no habia amado jamás. Despues de dar por algun tiempo pruebas de una virtud singular fué elegida abadesa y puso el monasterio en mejor orden no solo haciendo grandes dádivas, sino dando extraordinarios ejemplos de piedad y otras virtudes y estableciendo sábias leyes. Murió el dia 7 de mayo del año 1093 en gran opinion de santa. La Virgen se propuso hacerla grande en el cielo, así como la habia hecho esclarecida en la tierra.

§. VI.—De la recompensa de la madre de Dios á algunos prelados y otras personas.

I. Confieso que la mayor parte de los favores de la madre de Dios, de que he hablado ya ó de que debo de hablar mas adelante, pudieran bien considerados ponerse en el número de las recompensas que voy examinando.

Por mi parte que se cuenten como tales, siempre que me sea permitido elegir solamente algunas gracias señaladas concedidas por la Virgen á los suyos en consideracion de algun servicio particular.

*S. Cirilo de Alejandria.*

II. Dificil seria encontrar una clase de personas que mas hayan trabajado que los santos prelados y religiosos en promover la honra y servicio de la virgen Maria; por lo que no es de extrañar que esta haya dado tantas muestras de su buena voluntad y afecto hácia ellos. El ilustre patriarca S. Cirilo, que ocupaba el primer asiento en el concilio de Efeso, defendió con invencible denuedo la corona de la reina del cielo, que el infeliz Nestorio queria arrebatarle, peleando contra este impío por sus oraciones, su valimiento, la autoridad de los emperadores, sus discursos y sus escritos. No descansó hasta ver tendido á sus plantas el enemigo de Maria sin armas, sin ánimo, sin voz y sin movimiento. La madre de piedad supo aprovechar la ocasion para pagar este servicio, porque como no hay nadie perfecto en el mundo, el santo patriarca concibió una opinion siniestra de S. Juan Crisóstomo ya difunto, en términos que nunca quiso fuese nombrado en el sacrificio de la misa, como se hacia con los otros prelados que habian muerto en la comunión de la iglesia, ya lo hiciera por sostener el honor de Teófilo su tío y predecesor en la silla de Antioquia, que habia pertenecido al partido contrario del Crisóstomo, ya se persuadiese á que habiendo sido echado de su iglesia con aprobacion de algunos prelados secuaces de Eudoxia, bastaba esto para excluirle del número de los obispos ortodoxos. Aunque es de presumir que un varon de tanta santidad obrase así por zelo, como no iba acompañado este de ciencia ni de equidad, no

podia agradar á Dios. No tardó en hacérselo conocer el santo obispo de Constantinopla. Apareciósele en sueños una noche acompañado de un escuadron de milicia celestial y le estrechó tan fuertemente con espada en mano, que le echó fuera de la iglesia; mas al instante acudió en su auxilio la Virgen y suplicó tanto á su hijo refiriendo los buenos servicios de Cirilo, que fué conducido otra vez á su iglesia y repuesto honrosamente en todas sus dignidades. Esto bastó para que S. Cirilo conociera su deber: al punto convocó un concilio provincial é hizo cuanto podia desearse en favor de S. Juan Crisóstomo.

*S. Ildefonso.*

III. No es menos notable el caso de S. Ildefonso. Habiendo sucedido este varon insigne á S. Eugenio en el arzobispado de Toledo, comenzó á trabajar como santo para desempeñar dignamente su ministerio pastoral. En esto supo que dos hombres perversos, Pelagio y Helvidio, habian pasado el Pirineo y penetrado en España, donde enseñaban y propalaban el error de que la madre de Dios no fué perpetuamente virgen. El santo prelado los impugnó en sus sermones y escritos y los forzó á retirarse llenos de confusion é ignominia. No aguardó mucho tiempo Maria santísima para premiarle tan señalado servicio. El dia 18 de diciembre, en que por decreto del concilio décimo toledano se celebraba en España el misterio de la Anunciacion, se le apareció nuestra señora cuando estaba en el coro á la hora de maitines, acompañada de una tropa innumerable de espíritus angélicos y llevando en las manos el libro que él acababa de componer en defensa de la virginidad de Maria. Dióle ella las gracias, y en testimonio de su afecto le regaló una casulla blanca diciéndole estas dulces palabras segun testimonio de D. Rodrigo Jimenez, sucesor del san-

to en la misma silla arzobispal: «El premio de la virginidad que has conservado en tu cuerpo junto con la puridad de la mente y el ardor de la fe, y de haber defendido nuestra virginidad será este don traído del tesoro del cielo.» Esto dijo, y juntamente con sus sagradas manos le vistió una vestidura, con que le mandó celebrar las fiestas de su hijo y las suyas (1). Con efecto la vistió en dichas fiestas, y despues de él nadie tuvo el atrevimiento de usarla sino el desdichado Sisberto, tambien arzobispo de Toledo, que no tardó en pagar la pena de su temerario atentado, porque habiendo sido convicto del delito de lesa majestad fué expulsado de su silla y desterrado. La iglesia de Toledo no gozó de este precioso depósito mas que cincuenta y siete años, porque en el de 714 para librarla de las sacrilegas manos de los moros fué trasladada á Astorga y de allí á la iglesia del Salvador en Oviedo.

IV. Ve aquí otro hecho muy notable, que los historiadores de España escriben haber ocurrido al año siguiente, aunque Cixila, sucesor de S. Ildefonso, le refiere al mismo. El dia 9 de diciembre, fiesta de la gloriosa virgen santa Leocadia, estando diciendo misa el devoto arzobispo delante del sepulcro de la santa y en presencia del rey y de todo el pueblo, se apartó por sí misma con pasmo de todos los circunstantes la losa del sepulcro, que no hubieran podido mover treinta hombres de los mas robustos. Leocadia salió por su pie, se fué derecha al santo prelado y cogiéndole cariñosamente de la mano le dijo: «Ildefonso, por ti vive mi señora.» Pero lo que los colmó de júbilo y los sacó fuera de sí, fué el ánimo de Ildefonso, que sin asustarse de aquella novedad replicó á la santa que por ella era Dios honra-

(1) Mariana, Historia de España, lib. 6, cap. 40.

do infinitamente y toda España ennoblecida de un modo inefable: le recomendó el rey y toda su familia, la ciudad y el pueblo tan devoto de ella, porque la virgen se retiraba hácia el sepulcro. El arzobispo con deseo de que quedase para en adelante memoria de un hecho tan grande, le cortó una parte del velo que llevaba sobre la cabeza, con una daga que para este efecto le dió el mismo rey. El velo juntamente con la daga se conserva hasta el dia de hoy en el sagrario de la iglesia mayor entre las demas reliquias, y se enseñan el dia de la santa.

S. Bonito.

IV. El mismo favor se concedió tambien á S. Bonito, obispo de Clermont en la Auvernia, aunque de otra manera y por un motivo diferente. La Virgen quiso manifestar á este santo prelado que le era muy grata su devocion. Un dia que entró en la iglesia de S. Miguel atestada de gente y se retiró á un rincon para vacar mas libremente á la oracion, se enfervorizó tanto, que no advirtió era llegada la noche. Dios permitió que el sacristan no le viese y cerrara las puertas del templo. Cuando Bonito se encontró solo, dió rienda suelta á sus afectos y dejó correr con toda libertad sus lágrimas y suspiros. Su corazon deshecho en amorosos deliquios hablaba un lenguaje sobrehumano á la reina del cielo, cuando esta se dignó de favorecer con su presencia á su fiel siervo. Entra acompañada de muchos millares de ángeles y santos en la iglesia: aquella muchedumbre de bienaventurados se colocan al rededor del altar, sentándose la Virgen como su reina en un alto trono, y entonan celestiales himnos en honor del rey de la gloria. Luego preguntan quién ha de celebrar el sacrificio, y la madre de Dios responde que no está lejos su buen amigo Bonito, el cual podrá celebrar. Si jamás se sorpren-

dió un espíritu humilde; fué el del santo prelado, que de vergüenza se arrimó contra un pilar, y Dios para mostrar que aprobaba los sentimientos de su siervo permitió que la piedra cediese y le dejase sitio para esconderse, cuyo sitio se enseña hasta hoy. No obstante no quitó eso para que los ángeles le hallaran y le condujeran á presencia de la Virgen, la cual le animó y le mandó officiar delante de la corte celestial. Bonito se revistió y comenzó la misa, respondiendo aquellos músicos del cielo y resonando la iglesia con tan maravillosa armonía. Concluido el santo sacrificio, la reina de los ángeles llamó á su capellan y le exhortó á continuar en su servicio dejándole por prenda de su amistad una casulla que habian traído los ángeles, y era la que le habia servido para decir misa. Aun hoy se ve en la iglesia de Clermont, sin que pueda decir nadie de qué tela es hecha.

*S. Pedro Damiano.*

VI. La palabra capellan me ha traído á la memoria lo que aconteció despues de la muerte del bienaventurado Pedro Damiano, cardenal y obispo de Ostia. Volviendo este santo á Roma desde Ravena, á donde le habia enviado el papa, fué acometido de calentura en un monasterio de la Virgen. La madre de Dios lo habia dispuesto así para recibirle en su casa y pagar tantos servicios como le debia, y especialmente por sus sábios y devotos escritos, segun mostró el resultado. Con efecto de allí á poco tiempo se apareció á un monje, que habia sido discipulo de Pedro Damiano y abad del monasterio de S. Gregorio de Rimini. El monje le veía con el báculo en la mano, vestido de pontifical y sentado en medio de varios obispos, á quienes estaba instruyendo, cuando de pronto el santo prelado fijó la vista en él y dijo á los circunstantes: «¿Veis á ese monje? Yo le amé

en otro tiempo y le serví de diversas maneras; y no obstante desde que estoy aquí, no se ha dignado de venir á verme, ni él, ni otros varios á quienes he hecho muy buenos officios.» El infeliz se postró en tierra y se disculpó lo mejor que pudo diciendo que desde que se habia separado de ellos, no habian podido saber jamás el lugar de su morada. «¡Cómo! respondió entonces el obispo: ¿ignorais que habito en la casa de la reina del cielo y que tengo la honra de ser su camarero?» Al oír esta palabra despertó el monje; pero no fué para mucho tiempo, porque de nuevo le embargó el sueño, y al punto se le presentó el cardenal con semblante mas severo que antes y le dijo: «¿No te habia encargado que vinieras á visitarme á la casa de la reina del cielo? Pues ¿cómo has hecho tan poco caso de mis palabras?» Dicho esto le tocó detras de la oreja con la punta de su báculo; lo cual le hizo saltar, porque le pareció que habia sido herido de una lanzada ó de un tiro de ballesta. Con efecto se le hincharon de tal suerte la mejilla y el gaznate, que creyó morir; mas habiendo implorado la asistencia del bienaventurado Pedro Damiano quedó curado inmediatamente. Luego que lo supieron el abad y demás monjes del monasterio, resolvieron ir á visitar el sepulcro del siervo de la madre de Dios.

*Bonifacio VIII.*

VII. Entre los supremos pastores de la iglesia que se han distinguido en promover el servicio de la virgen Maria, es digno de elogio eterno el papa Bonifacio VIII, que murió el año 1303. Su vida y su muerte abundan en muestras de devoción á la madre de Dios; pero me contento con referir un solo hecho, por el que se ve que el devoto pontífice quiso reverenciar aun despues de muerto á Maria santísima, como lo habia hecho vivien-

do, pues mandó que le enterrasen revestido de una preciosa alba, en que estaban representados los principales misterios de la vida de la Virgen en bordado de seda con realce de oro fino. Nuestra señora manifestó bien cuán agradable le era este rasgo de devoción conservando incorrupto por mas de trescientos años el cuerpo de su difunto siervo á no ser en la punta de la nariz, como se vió al abrir su sepulcro el año 1606.

*El bienaventurado Brinulfo.*

VIII. Ocho años despues de este esclarecido papa murió Brinulfo, obispo de Scat en Suecia. Orando un dia delante de su sepulcro santa Brigida tuvo esta revelacion. Se apareció la Virgen y aseguró á la santa viuda que aquel obispo habia sido uno de sus mejores y más fieles siervos y que no era extraño despidiese su cuerpo un olor tan agradable, cuando su alma habia sido embalsamada con todo género de virtudes. Además vió cómo María pedia á su amado hijo que el cuerpo de su siervo fuese puesto en un lugar mas decente. Asi sucedió al poco tiempo para confirmar la verdad de esta revelacion.

*S. Francisco de Sales.*

IX. Uno de los mas ilustres prelados de que se envaneece nuestro siglo, es el piadoso Francisco de Sales, obispo y príncipe de Ginebra. Este insigne varon, cuyo nombre ensalzan infinitos escritores, tenia un amor ternísimo á la virgen Maria. En cuarenta años no dejó de rezar el rosario ni un solo dia en medio de sus graves y continuas ocupaciones. Nuestra señora, que como es de presumir le habia alcanzado aquella amable indole con que ganaba los corazones, bendecia todo cuanto emprendia, y le colmaba cada dia de nuevas mercedes. Le libró de

una recia tentacion de desesperacion, que le habia atormentado mucho tiempo, y de una molesta ictericia producida por la tristeza de verse en aquel estado. El dia en que fué consagrado obispo (el de la inmaculada concepcion del año 1602), le recibió la Virgen bajo su especial proteccion, y el resultado mostró que esta divina salvaguardia fué para él como una fuente de continuas gracias, que recibió hasta el fin de su vida de la mano de aquella liberalísima dispensadora.

*S. Juan Damasceno.*

X. S. Juan Damasceno se consagró desde su infancia al servicio de la Virgen; pero es indecible cuánto se acrecentó su cariño por la prueba que recibió de su singular bondad en el siguiente hecho referido por el historiador de su vida Juan, patriarca de Jerusalem. Es sabido que el santo doctor se llamó Damasceno por haber nacido en Damasco de Siria. Descendia de una de las mejores familias de esta ciudad y fué educado con mucho esmero é instruido en todas las ciencias por el monje italiano Cosmas. Su saber junto á una singular prudencia y una indole bonísima le granjeó tanta fama, que el príncipe de los sarracenos residente en Damasco le hizo presidente de su consejo, aunque despues de muchas repulsas. Cuando iba medrando y creciendo en nombradía, aconteció que el emperador Leon el Isáurico declaró en el año 716 guerra abierta á las imágenes mandando que en todas partes fuesen borradas, arrancadas de las iglesias, arrojadas al fuego é insultadas de otras muchas maneras. Estas impiedades traspasaron el corazon de Juan é inflamaron su zelo, en términos que escribió á todos sus amigos excitándolos á oponerse á los iconoclastas y compuso tres libros en defensa de las santas imágenes, tan razonados y tan nutridos de doctrina y testimonios

de la antigüedad, que cuando los leyó el emperador, creyó reventar de cólera, y así resolvió perderle á toda costa. Como por lo comun sucede que segun son los amos, son los criados, tenia Leon un falsificador que fingia toda clase de letras, y de él se valió para sus planes. Supuso una carta, en la que Juan Damasceno le incitaba á sorprender la ciudad de Damasco y le proponia los medios de conseguirlo; y habiendo recuperado algun documento que habia salido de sus manos, le dió al falsificador, el cual fingió tan diestramente la letra de Juan, que se hubieran engañado los mas intimos amigos de este. El emperador envió la tal carta al principe de los sarracenos socolor de preferir su amistad á todo y de ser enemigo mortal de los traidores y de la traicion. Al sarraceno le costaba trabajo pensar mal de aquel cuya fidelidad tenia bien conocida; pero los indicios eran violentos y el asunto muy delicado. Llamó á Juan, le presentó la carta falsificada y le hizo todos los cargos que puede imaginarse cualquiera. Gran poder tiene el testimonio de la inocencia aun contra las mas pérfidas calumnias. Juan no mudó de color y confesó que verdaderamente no podia imitarse mejor la letra de su puño; pero que no ignoraba quién era el autor de tan infame arteria, y que él le descubriría, si el principe le daba un breve término para purgarse de aquella calumnia. El deseo de reinar y el temor de malquistarse con el emperador pudieron tanto con el bárbaro, que sin atender á razones mandó cortar en el acto la mano á Juan y clavarla en un poste en la plaza pública. Juan que estaba dispuesto á dar su vida por tan buena causa, no tuvo reparo en alargár la mano al verdugo: solamente pidió al sarraceno, luego que vino la noche, le permitiese coger la mano cortada y guardarla para su consuelo. Hubiera sido necesario tener corazon de tigre para denegar una petición tan justa. Así que devolvieron á Juan su mano, se en-

cerró en su aposento y postrado cuan largo era ante una imágen de la Virgen con la mano colocada junto al brazo de donde habia sido separada, se dirigió con estas palabras á la reina del cielo: «Señora y madre mia inmaculada, sé que no ignoras ni lo que ha sucedido á tu pobre siervo, ni el motivo de la ojeriza del impio iconoclasta para conmigo. A ti te toca socorrerme ahora, y así como no hay nada imposible para la diestra de Dios que encarnó en ti, tampoco hay ninguna cosa tan árdua que tú no puedas alcanzar. No me mires con ojos benignos, si te pidió el uso de esta mano por otro motivo que para emplearla en publicar tus grandezas y las de tu amadisimo hijo y en defender las sagradas imágenes con mas valor que nunca.» Apenas acabó de decir esto, le embargó un dulce sueño y se le apareció la Virgen con maternal semblante, cogió la mano cortada y la volvió á poner en su lugar sin decir mas que estas pocas palabras: «Ya tienes concedida tu petición: ahora acuérdate de que esa mano ha de ser de aquí adelante la mano de un escritor que escribe velozmente.» Juan no pudo menos de publicar inmediatamente entre sus criados las maravillas de Dios y de la Virgen; toda la familia llena de júbilo prorumpió en hacimiento de gracias. A la mañana siguiente llegó la noticia á oídos del principe, que entró en sospecha de si en vez de cortar la mano á Juan se la habrian cortado á alguno de sus criados. Mándale llamar, conoce la verdad del milagro por una señal roja que la Virgen habia dejado, ve claramente la malicia del emperador hereje y la inocencia de su consejero, y le repone en todos sus empleos con promesa de adelantarle mas; pero Juan dándole humildemente las gracias le pide permiso para pasar el resto de su vida en el servicio del rey del cielo. El sarraceno se le otorga, y Juan despues de distribuir todos sus bienes á los pobres y visitar los santos lugares de Jerusalem toma el hábito de monje en el monasterio

de S. Sabas. Sus sabios escritos admirados de la posteridad son un testimonio de la fidelidad con que cumplió sus promesas, y de la munificencia con que la madre de bondad le pagó sus servicios.

*Un pintor devoto de la Virgen.*

XI. Voy á trasladar aqui un hecho, que refiere el docto y devoto prelado Vicente de Beauvais. Habia en Flandes un pintor muy amante de la madre de Dios, á quien habia consagrado particularmente su pincel. Como consecuencia natural aborrecia de muerte á Satanás, el mayor enemigo de aquella señora, y siempre que le ocurría pintarle, le representaba tan negro y tan feo, que el diablo mismo no podia sufrir verse asi. Muchas veces amenazó al pintor que se vengaría y al fin halló la ocasion. Estando trabajando el pintor en una iglesia de nuestra señora, en cuya bóveda se esmeraba con toda su habilidad para sacar bien acabada la imágen de la Virgen, discurrió poner á Satanás debajo de los pies de la reina de los ángeles tan feo como le fuese posible. El maligno fuera de sí de rabia da tan recia embestida al andamio, que lo derriba todo al suelo. El pintor sorprendido levanta las manos al cielo mas por un impulso de confianza que por un movimiento natural é implora el auxilio de aquella en honor de la cual trabajaba. ¡Cosa singular! En el mismo instante la imágen de la Virgen alargó los brazos y le sostuvo hasta que llegó socorro. Tan cierto es que nadie la sirve que no experimente al punto los efectos de su incomparable bondad.

*El B. Juan Capistrano.*

XII. En el tratado cuarto hablaré del glorioso siervo de Dios Juan Capistrano, religioso de S. Francisco de la

observancia, que fué beatificado por la santidad de Gregorio XV el dia 10 de setiembre de 1622, y de la singular devocion que tuvo á la virgen Maria. Esta bondadosa madre quiso repetir en favor de él el prodigio que habia obrado antes en el mismo lugar en favor de su querido siervo S. Bernardino. Predicando Juan en la plaza mayor de la ciudad de Aquila en el reino de Nápoles las grandezas de Maria, en honor de la cual explicaba estas palabras del capitulo XII del Apocalipsis: *Una gran señal ha parecido en el cielo*; todos sus oyentes vieron en el aire una hermosísima estrella, que despidiendo sus rayos sobre él llenaba su rostro de celestial resplandor. Él estaba tan embebecido en pregonar las maravillas de su señora, que no advirtió nada, ni jamás lo hubiera advertido, si el ruido y movimiento de los circunstantes no le hubiese hecho levantar la cabeza para ver lo que admiraban los otros. Al dia siguiente se puso en camino para ir á Roma á practicar las diligencias de la canonizacion del B. Bernardino de Sena, y se le apareció la misma estrella, que le acompañó hasta la capital del orbe cristiano.

*Gualtero de Bibrach.*

XIII. En el capítulo V de este tratado presenté á Gualtero de Bibrach entre los siervos mas amantes de la Virgen y aun le reservo un lugar para el tratado siguiente. Un dia que estaba oyendo misa, el sacerdote que la decia, al alzar el cáliz descubrió una preciosa cruz de oro que habia al pie de él con este letrero: «Lleva esta cruz de parte de Maria, madre de Jesus, al caballero Gualtero, que vive en Bibrach.» Concluido el santo sacrificio, subió el sacerdote al púlpito y preguntó á los asistentes si conocian á un caballero llamado Gualtero de Bibrach. Presentóse este señor, y el sacer-

dote le entregó la cruz despues de contar á todos lo ocurrido. Gualtero conociendo que era convidado por este medio á llevar la cruz de Jesucristo entró á poco tiempo en un monasterio de la órden del Cister, donde es reverenciada muy particularmente María santísima. El devoto Cesáreo, monje del mismo monasterio en que profesó Gualtero, y que le trató mucho, vió por sus propios ojos la cruz, infinitamente mas brillante que pudiera hacerla ningun platero.

*El B. Elsa.*

XIV. Si el B. Elsa, indio y religioso dominico, hizo proezas para defender el honor de la madre de Dios, tambien esta obró maravillas para conservarle en vida y sacarle triunfante de los enemigos de la religion. El rey de los abisinios le habia llamado para convencer á cierto hereje, que defendia pertinazmente el error del impio Nestorio robando á la Virgen su título mas precioso, el de madre de Dios. El error á manera de pestifero cáncer curdia cada vez mas y corrompia los entendimientos. El aspecto horrible del mal acrecentó el valor de Elsa, de modo que con sus poderosas razones y con la virtud del espíritu que hablaba por su boca, dejó confundido al hereje delante del rey y de un gran concurso. La herejía, hija de Satanás, tiene algo del carácter de su padre; por esta causa el hereje en lugar de reconocerse y confesar su error comenzó á buscar valedores y á proceder peor que antes. Esto ofendió de tal manera al rey, que le mandó atar de pies y manos y echarle á cuatro leones, los cuales le devoraron en un instante. Ahora veremos renovada la historia de Daniel en el B. Elsa. Los que seguian el partido del hereje, se presentaron en gran número al rey pidiéndole á gritos que mandase exponer el indio á los mismos leones como

prueba indudable de lo que enseñaba, y que si salia sano y salvo, ellos confesarian la verdad de la doctrina defendida por él. El rey, sumamente angustiado porque veia que aquellos hombres enfurecidos propendian á una sedicion, recurrió al B. Elsa pidiéndole su parecer. El siervo de Dios, confiado en el Señor, respondió mas con obras que con palabras, porque habiendo hecho la señal de la cruz y encomendándose á aquella cuyo honor defendia, se arrojó animosamente entre los leones hambrientos. Pero las fieras se mostraron menos crueles con él que los herejes, porque en vez de hacerle daño se echaron á sus pies y comenzaron á lamérselos. El rey gozoso en extremo de esta ocurrencia dió infinitas gracias á Dios y á María santísima, la cual hizo otras muchas mercedes á Elsa, no siendo la menor el haberle sacado de este mundo el dia de su Asuncion para darle parte en la gloria de su triunfo y en el honor con que es festejada en el cielo en semejante dia.

*El P. Martín Gutierrez.*

XV. En el tratado primero, capítulo VIII, apunté lo que aconteció al P. Lainez, que luego fué general de la compañía, hallándose en el concilio de Trento. Subió en una ocasion al púlpito para tratar de la inmaculada concepcion de María con ánimo de ser breve, porque estaba muy incomodado de unas cuartanas; pero el fervoroso amor filial que profesaba á la madre de Dios, le arrebató en tales términos, que estuvo arengando tres horas enteras á favor de la opinion tan honrosa á nuestra señora. La madre de misericordia recompensó este servicio sin tardanza, porque además de darle fuerzas en el cuerpo, de sugerirle copia de excelentes pensamientos y de comunicarle una gallardia extraordinaria de ingenio le curó enteramente de las calenturas. Asimismo



declaré á otro intento cómo la Virgen dió gracias al P. Martin Gutierrez, rector del colegio de Salamanca, porque habia exhortado al P. Francisco Suarez á ostentar la plenitud de sus gracias en la primera leccion pública que tuvo en aquella universidad.

*El P. Francisco Costere.*

XVI. El P. Francisco Costere, de la misma compañía, varon muy devoto de la madre de Dios y que trabajó de palabra y por escrito para promover la honra y el servicio de nuestra señora en toda Alemania, confesaba ingenuamente haber recibido de ella dos favores muy particulares. El primero es que habiendo estado siempre empleado en leer, escribir, predicar y gobernar, y habiendo hecho las mas veces sus viajes á pie cuando era provincial, y con el cilicio en las espaldas, no fué atormentado de ninguna enfermedad, aunque vivió hasta la edad de ochenta y ocho años. El segundo es que no se acordaba de haber sentido jamás ningun movimiento ó pensamiento deshonesto merced á la especial proteccion de la reina de las vírgenes. ¿Podrian ser mas privilegiados los ángeles del cielo?

*Un turco convertido.*

XVII. Pero ¿qué extraño es que la Virgen se muestre tan reconocida á los suyos, cuando su bondad se extiende hasta los bárbaros extraños? Hace unos treinta y ocho ó cuarenta años que estando enfermo en cama un hidalgo portugués de Braga, que tenia un esclavo turco en su casa, mandó á este poner un altar en la alcoba, colocar en él una imágen de nuestra señora de bulto y echar al rededor muchas flores. Hizolo de buena gana el esclavo, muy gozoso de haber tenido ocasion de pres-

tar á la Virgen este corto servicio. Mas ve aquí la maravilla: el que por muchos años se habia resistido á los consejos y amonestaciones de su amo para que se bautizara, sin ser rogado le fué á buscar al día siguiente y le dijo que queria recibir el bautismo, porque la madre de Dios en recompensa del servicio del dia anterior le habia estado acariciando toda la noche y le habia mandado hacerse cristiano. Los hechos acreditaron la verdad de sus palabras, porque recibió el bautismo con tanto gozo interior y tan copiosas lágrimas, que todos los circunstantes las derramaron tambien sin poder contenerse al ver aquella escena.

XVIII. Estas no son mas que leves muestras de las gracias visibles é invisibles que dispensa todos los dias á los suyos; pues ¿qué juicio se formará de aquel tiempo en que abrirá los tesoros de su magnificencia para pagar todos los servicios que se le hayan hecho en esta vida? Oh Dios, ¡qué gozo y qué contento! Yo desearia profundizar mas esta consideracion y saborear despacio la dulcedumbre que encuentro en ella; pero siento el contrapeso de nuestras miserias que me tira hácia la tierra y me convida á hablar de las misericordias de que la Virgen santísima hace ostentacion para aliviarlas.